

EL TAMO DISPERSADO

Volumen 1 – Sermón No. 280

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
23 DE OCTUBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“No así los malos, que son como el tamo que arrebató el viento”
Salmos 1:4***

¿Y quiénes son los impíos? ¿Son pecadores abiertos y deliberados, hombres que toman el nombre de Dios en vano, y maldicen, y blasfeman, hombres que quebrantan las leyes del hombre, las leyes del Estado, hombres a quienes difícilmente se les puede confiar la libertad? Ciertamente están incluidos, pero no son los principales destinatarios. Aunque tales hombres entran en la categoría de "pecadores" y "escarnecedores", hay otra clase a la que se refiere expresamente el término "impíos".

¿Y quiénes son los impíos? ¿Son los hombres que niegan la existencia de Dios, que descuidan las formas externas de la religión, que se burlan de todo lo que es sagrado, y se burlan de cosas ante las cuales tiemblan los ángeles? Ciertamente, éstos están incluidos, pero tampoco son los hombres a los que se dirige especialmente. Son los escarnecedores, los pestilentes, éstos son los hombres cuyas iniquidades han ido de antemano a juicio contra ellos, y cuyos pecados claman ante el trono pidiendo justicia.

Otra clase de hombres está contemplada bajo el término "impíos". ¿Y quiénes son? Seguramente, hermanos míos, la respuesta los sorprenderá. Confío en que no haya muchos en este salón que puedan ser llamados escarnecedores, y tal vez no haya muchos que se incluyan bajo la denominación de abiertamente libertinos y rebeldes, pero ¡cuán grande es la proporción de todos los que asisten a nuestros lugares de adoración que pueden ser justamente clasificados bajo el carácter de impíos! ¿Qué significa esto exactamente? Permítanme mostrar sus diferencias una vez más, y luego definirlo con mayor precisión.

A veces llamamos a los hombres irreligiosos, y ciertamente, ser irreligioso es suficientemente malo, pero ser religioso no es suficientemente bueno. Un hombre puede ser religioso, pero no ser piadoso. Hay muchos que son religiosos, que en cuanto a la ley exteriormente son intachables, hebreos de los hebreos, fariseos de la secta más recta.

No descuidan ninguna rúbrica, no quebrantan ninguna ley de su iglesia, son sumamente precisos en su religión; sin embargo, a pesar de esto, pueden clasificarse en la clase de los impíos, pues ser religioso es una cosa, y ser piadoso es otra muy distinta.

Ser piadoso es tener una mirada constante a Dios, reconocerlo en todas las cosas, confiar en Él, amarlo, servirlo. Y el hombre impío es aquel que no tiene un ojo puesto en Dios en su quehacer diario, que vive en este mundo como si no existiera Dios, mientras atiende a todas las ceremonias externas de la religión, nunca va a su núcleo, nunca entra en su corazón secreto y en sus profundos misterios.

Observa los sacramentos, pero no ve a Dios en ellos, oye la predicación, sube a la casa de oración, en medio de la gran congregación, inclina la cabeza, pero no hay una Deidad presente para él, no hay un Dios manifiesto. No oye Su voz, no se inclina ante Su trono.

Sin duda, hay aquí un gran número de personas que deben confesar que no confían en la sangre de Cristo. No son influenciados por el Espíritu Santo, no aman a Dios, no pueden decir que la inclinación y el tenor de sus vidas sean hacia Él. Vamos, ustedes han estado los últimos seis días ocupados en sus negocios, ocupando todo su tiempo, y es muy correcto ser diligente en los negocios, pero, ¿cuántos de ustedes se han olvidado de Dios todo el tiempo? Han estado comerciando para ustedes mismos, no para Dios.

El hombre justo hace todo en el nombre de Dios, al menos, este es su deseo constante. Ya sea que coma o beba, o cualquier cosa que haga, desea hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús. Pero tú no has reconocido a Dios en tu tienda. No lo has reconocido en tu trato con tus semejantes. Has actuado con ellos como si Dios no existiera.

Y tal vez, incluso en este día debes confesar que tu corazón no ama al Señor. Nunca has entrado en Su compañía. No buscas el retiro. No disfrutas de la oración privada.

Ahora bien, los hijos de Dios no pueden ser felices sin hablar a veces con su Padre. Los hijos de Dios deben tener frecuentes entrevistas con Jehová. Les encanta aferrarse a Él. Sienten que Él es su vida, su amor, su todo. Su clamor diario es: "Señor, tráeme a Ti; ven a mí, o tráeme a Ti". Jadean por saber más de Dios, anhelan reflejar más Su imagen, buscan guardar Su ley, y es su deseo que puedan estar saturados de Su Espíritu.

Pero esos no son tus deseos. No tienes anhelos como esos. Es verdad que no eres adicto a la bebida fuerte, no juras, no eres ladrón, no eres ramero. En todas estas cosas eres intachable, pero sin embargo eres impío, sin Dios en el mundo. Él no es tu amigo, Él no es tu ayudador. No te apegas a Él con propósito de corazón. Usted no es Su hijo. No tienes "el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre".

Podrías estar tan bien sin un Dios como con uno. De hecho sientes que el pensamiento de Dios, si lo piensas solemnemente, te aterroriza, y no excita en tus pechos ninguna emoción de deleite. Eres impío.

Bien, entonces, nota que lo que tenga que decir esta mañana te incumbe. No miren a su alrededor y digan: "Me pregunto cómo le sentará esto a mi vecino. Les ruego que no piensen en algún loco sin dinero que ha gastado sus bienes en extravagancia y libertinaje, sino que piensen en ustedes mismos.

Si no has nacido de nuevo, si no participas del Espíritu, si no te has reconciliado con Dios, si tus pecados no han sido perdonados, si no eres en este día un miembro vivo de la iglesia viva de Cristo, todas las maldiciones que están escritas en este Libro te pertenecen, y esa parte de ellas en particular que será mi solemne asunto tronar esta mañana. Ruego a Dios que esta parte se aplique a vuestra alma, que os haga temblar ante el Altísimo, y que busquéis a Aquel que ciertamente será hallado de vosotros, si le buscáis de todo corazón.

Percibirán fácilmente que mi texto puede dividirse en tres partes. Primero, tienen una terrible negativa: "No así los impíos". En segundo lugar, una terrible comparación: "Son como el tamo". Luego tienen, en tercer lugar, una horrible profecía: "Son como el tamo que arrebató el viento".

I. Primero entonces, usted tiene aquí ***una terrible negativa***.

La versión latina vulgata, la árabe y la Septuaginta leen esta primera frase así: "No así los impíos, no así", pues según su versión hay aquí una doble negación: "No así los impíos, no así". Ahora bien, para entender lo que significa esta negación hay que leer el tercer versículo. Se dice que el hombre justo es "Como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo; su hoja no se marchita, y todo lo que hace, prosperará": "No así el impío, no así".

Para explorar la negativa, debemos tomar cada cláusula de esta frase. Los impíos no son como un árbol plantado. Si se les puede comparar con un árbol, son como árboles "dos veces muertos, arrancados de raíz"; o si se les debe comparar con algo que tiene vida, entonces son como el árbol en el desierto que es plantado allí por una mano fortuita, que no tiene nada que lo alimente.

La característica peculiar del hombre cristiano es que es como "un árbol plantado". Es decir, hay una providencia especial ejercida en su posición y en su cultura. Todos ustedes conocen la diferencia entre un árbol plantado y un árbol sembrado por uno mismo. El árbol plantado en el jardín recibe la visita del labrador. Escarba a su alrededor, lo ahueca, lo poda y busca sus frutos. Es un objeto de tierras y de cuidados especiales.

El árbol silvestre en el bosque, el árbol que se siembra a sí mismo en la llanura, nadie lo posee, nadie lo cuida, ningún corazón suspirará si el relámpago lo estremece, ninguna lágrima llorará si la ráfaga lo ilumina y todas sus hojas se marchitan. No es propiedad de nadie. No es techo de nadie. A nadie le importa. Que muera, ¿por qué se queda ahí para chupar el alimento de la tierra y no volver a producir nada?

Los impíos son, es cierto, sujetos de una providencia universal, así como todo es ordenado por Dios, pero los justos tienen una providencia especial sobre ellos. Son árboles plantados. Todo lo que sucede obra para su bien. El Señor, su Dios, es su guardián. Él cuida la tierra para que produzca sus frutos para ellos. Las cosas preciosas de los cielos, el rocío y las profundidades que se esconden debajo, y los frutos preciosos que produce el sol, y las cosas preciosas que produce la luna, éstas son su herencia.

Él vigila todo a su alrededor. Si la peste acecha la tierra, Él no permite que una de sus flechas golpee, a menos que vea que es para bien. Si surge la guerra, he aquí que Él extiende Su égida sobre Sus hijos, y si viene el hambre, serán alimentados, y en los días de escasez serán saciados.

¿No es algo glorioso para el cristiano saber que los cabellos de su cabeza están todos contados, que los ángeles de Dios velan y protegen sobre él, que el Señor es su Pastor, y que, por tanto, nada le faltará? Sé que esta es una doctrina que a menudo me consuela. Pase lo que pase, si puedo apoyarme en el pensamiento de que hay una providencia en todo, ¿qué necesito?

Ciertamente hay providencia en lo grande y en lo pequeño para cada hijo de Dios. Puede decirse de cada árbol plantado por la diestra del Señor: "Yo Jehová lo guardo, y lo regaré cada momento; para que nadie lo dañe, yo lo vigilaré noche y día". Sobre los justos no sólo hay diez ojos, sino que están todos los ojos del Omnisciente siempre fijos tanto de noche como de día. El Señor conoce el camino de los justos. Son como el árbol plantado.

No así tú que eres impío, no así tú, no hay providencia especial para ti. ¿A quién llevarás tus problemas? ¿Dónde está tu refugio en el día de la ira? ¿Dónde está tu escudo en la hora de la batalla? ¿Quién será tu sol cuando las tinieblas te envuelvan? ¿Quién te consolará cuando tus problemas te rodeen?

No tienes un brazo eterno en el que apoyarte. No tienes un corazón compasivo que lata por ti. No tienes un ojo amoroso que te vigile. Estás solo, solo, solo, como el brezal en el desierto, o como el árbol del bosque al que nadie presta atención, hasta que llega el momento en que se levanta el hacha afilada y el árbol debe caer. "No así", entonces "el impío, no así". Es una terrible negativa que el hombre impío no sea objeto de la providencia especial de Dios.

Pero debemos proceder. El hombre justo es como un árbol plantado junto a los ríos de agua. Ahora, un árbol que es plantado por los ríos de agua envía sus raíces, y ellas pronto sacan suficiente alimento. El árbol que está plantado lejos, en el árido desierto, tiene sus épocas de sequía. Depende de la nube de truenos ocasional que se cierne sobre él y destila las escasas gotas de lluvia. Pero este árbol plantado junto a ríos de agua tiene un suministro perenne. No conoce la sequía ni la escasez. Sus raíces no tienen más que absorber el alimento que allí se derrama generosamente. "No así los impíos, no así". Ellos no tienen tales ríos de los cuales chupar su gozo, su consuelo y su vida.

En cuanto al creyente, pase lo que pase, puede decir: aunque la tierra le falte, entonces mirará al cielo. Si el hombre lo abandona, entonces mira al hombre divino Cristo Jesús. Si el mundo se tambalea, su herencia está en las alturas. Si todo pasara, él tiene una porción que nunca puede disolverse. No está plantado junto a arroyos que pueden secarse, ni mucho menos en un desierto, que sólo tiene una escasa porción, sino junto a los ríos de agua.

Oh, mis amados hermanos, ustedes y yo sabemos algo de lo que esto significa. Sabemos lo que es aspirar las promesas, beber de los ríos de la plenitud de Cristo. Sabemos lo que es participar y saciarnos con tuétano y grosura. Bien podemos alegrarnos con gozo inefable y lleno de gloria, porque nuestro depósito es inagotable, nuestras riquezas nunca pueden agotarse. Tenemos riquezas que no se pueden contar, un tesoro que nunca se puede agotar. Esta es nuestra gloria, que tenemos algo en lo que confiar que nunca nos puede fallar. Somos árboles plantados junto a ríos de agua.

¡Ah! pero no así ustedes que son impíos, no así. Tus días de sequía llegarán. Podéis alegraros ahora, pero ¿qué haréis en el lecho de la enfermedad, cuando la fiebre os haga oscilar de un lado a otro, cuando la cabeza y el corazón estén atormentados por la angustia, cuando la muerte os mire fijamente y os nuble los ojos? ¿Qué harás cuando llegues a las crecidas del Jordán? Hoy tienes alegrías, pero ¿dónde estarán entonces vuestras alegrías? Tenéis pozos ahora, pero ¿qué haréis cuando todos estén tapados, cuando todos fallen, cuando se sequen vuestras botellas de piel, cuando vuestras cisternas rotas se hayan vaciado hasta la última gota?

Ciertamente, esta negativa está lleno de terribles amenazas para ti. Puedes tener un poco de alegría y regocijo ahora, puedes disfrutar de un poco de emoción en el presente, pero ¿qué harás cuando el viento caliente venga sobre ti, el viento de la tribulación? Y, sobre todo, ¿qué harás cuando el frío soplo de la muerte te hiele la sangre? Ah, ¿dónde oh dónde mirarás entonces? Ya no buscarás a los amigos, ni el consuelo del hogar. No encontrarás consuelo en la hora de la muerte en el seno de la esposa más cariñosa, no podrás hallar paz en todas tus riquezas ni en todos tus tesoros.

En cuanto a tu vida pasada, por buena que te parezca, si eres impío, no hallarás consuelo en la retrospectiva, y en cuanto al futuro, no hallarás consuelo en la perspectiva, pues no habrá para ti sino "una horrenda expectación de juicio y de ardiente indignación."

Oh, mis impíos amigos, les ruego que reflexionen sobre este asunto, pues si no hubiera nada peor, la primera frase de mi texto suena como las trompetas de la condenación, y tiene en sí amargura como las copas del Apocalipsis.

De nuevo debemos seguir adelante. Se dice del justo que "da su fruto a su tiempo". "No así el impío, no así; no dan fruto, o si hay aquí y allá una uva marchita en la vid, la dan en la estación equivocada, cuando el calor genial del sol no puede madurarla, y por lo tanto está podrida y sin valor".

Muchas personas se imaginan que si no cometen pecados positivos están bien. Ahora permítanme darles un pequeño sermón en medio de mi sermón. He aquí el texto: "Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová, maldecid amargamente a sus moradores, porque no vinieron en socorro de Jehová, en ayuda de Jehová contra los fuertes". En primer lugar, ¿qué había hecho Meroz? Nada. Segundo, ¿Meroz está maldito? Sí, maldecido amargamente. ¿Por qué? Por no hacer nada. Sí, por no hacer nada. "Maldecid amargamente a sus habitantes", por lo que no hicieron, "Porque no acudieron en ayuda del Señor, en ayuda del Señor contra los poderosos".

¿Luchó Meroz contra Dios? No. ¿Se puso Meroz un broquel y un escudo y una lanza y salió contra el Altísimo? No. ¿Qué hizo Meroz? Nada. ¿Y está maldito? Sí, maldita amargamente, con sus habitantes, "Porque no acudieron en ayuda de Yahveh, en ayuda de Yahveh contra los poderosos".

Predicad ese sermón a vosotros mismos cuando lleguéis a casa. Extiéndanlo extensamente, y tal vez, mientras están sentados, digan: "¡Meroz! Yo no lucho contra Dios, no soy enemigo de Cristo, no persigo a Su pueblo; de hecho, incluso amo a Sus ministros, me encanta subir y oír la Palabra predicada. No sería feliz si pasara mi domingo en cualquier otro lugar que no fuera la casa de Dios. Pero aun así eso debe referirse a mí, pues no subo 'en ayuda de Jehová contra los poderosos'. No hago nada. Soy un ocioso que no hace nada. Soy un árbol sin fruto". Ah, entonces recuerda que estás maldito, y maldecido amargamente también. No por lo que haces, sino por lo que no haces.

He aquí una de las tristes maldiciones de los impíos: que no dan fruto a su tiempo. Miren a muchos de ustedes. ¿De qué les sirve estar en este mundo? En cuanto a vuestras familias, sois su sostén y su apoyo. Que Dios os bendiga en vuestro trabajo y que eduquéis bien a vuestros hijos.

Pero en cuanto a la iglesia, ¿de qué les sirve? Ocupáis un asiento, lo habéis tenido estos años, ¿cómo sabéis sino que habéis estado ocupando un asiento que podría haber sido el lugar donde algún otro pecador se habría convertido de haber estado allí?

Es cierto que te sientas y escuchas el sermón, sí, pero ¿qué pasaría si ese sermón se sumara a tu condenación? Es cierto que eres uno entre muchos, pero, ¿qué pasaría si fueras una oveja negra en medio del rebaño? ¿Qué haces por Cristo? ¿Qué valor tienes? ¿Has añadido una piedra a Su templo espiritual? ¿Has hecho tanto como la pobre mujer que rompió la caja de alabastro sobre Su cabeza? No has hecho nada por Él. Él te ha alimentado y criado, y tú no has hecho nada para Él. "El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo", pero tú no sabes, no lo tienes en cuenta.

He aquí que el Señor tiene hoy un conflicto con vosotros, no por lo que habéis hecho, sino por lo que no habéis hecho. Os ha enviado el ministerio, estáis invitados todos los días de reposo. Con las lágrimas corriendo por mis mejillas te he advertido y te he invitado. Estáis oyendo la Palabra continuamente, estáis disfrutando de privilegios. Dios te está alimentando en Su providencia, vistiéndote en Su compasión, y tú no estás haciendo nada por Él. Eres un labrador de la tierra, que no produce fruto alguno.

Oh, mi querido oyente, te ruego que guardes esto en tu corazón, pues esto es para ti tanto una maldición como una señal. No sólo es un mal rasgo de tu carácter, sino que es una maldición de Dios. Ustedes son impíos, y por lo tanto infructuosos. No le amas, y por tanto eres inútil. No confías en Cristo, y por lo tanto no eres como el árbol que "da su fruto a su tiempo".

Paso a la descripción. Su hoja tampoco se marchitará. "No así el impío, no así". La hoja del impío se marchitará. Veo ante mí hoy muchas pruebas de que la promesa de Dios se verifica para Su pueblo. Miren a su alrededor, y observen qué gran número de hombres de cabeza gris se reúnen cada día del Señor para oír la Palabra.

Hay muchos de ellos que amaron a Cristo en su juventud. Entonces tuvieron "un gozo inefable y glorioso" al hacer una profesión de Su amado nombre, y ahora han llegado a lo que los hombres llaman la hoja seca y amarilla de la vida, pero no lo encuentran así, pues todavía producen fruto en la vejez, todavía están gordos y florecientes para mostrar que el Señor es recto. Su hoja no se ha marchitado; son tan activos en la causa de Cristo como siempre lo fueron, y tal vez diez veces más felices.

En lugar de no dar fruto, dan racimos más ricos y exuberantes que antes. Caminando en medio de los más jóvenes brillan como luces en medio del mundo, o volviendo al símil, son como árboles cuyas ramas cuelgan por la abundancia de sus frutos, así como sus cabezas se

inclinan por la abundancia de sus años.

Qué misericordia es, queridos hermanos, tener a Cristo como nuestra porción en la juventud, y un Cristo que nos durará toda la vida. Ver al buen viejo Rowland Hill predicando, cuando se tambaleaba al borde de la tumba, y hablando de la fidelidad de Cristo, ¡qué espectáculo tan glorioso! ¡Había una prueba! Esa hoja no se marchitó. ¿Hubo alguna vez un árbol como éste que mantuviera su verdor durante ochenta años sin marchitarse? ¿Hubo alguna vez una religión como ésta, que rejuveneciera a los ancianos y hiciera saltar de gozo sus pies tambaleantes? Y, sin embargo, ésta es la religión de Cristo.

Nuestra hoja no se marchita. Pero oh, "No así los impíos, no así". Tu hoja se marchitará, al menos cuando los que miran por las ventanas se oscurezcan, cuando los moledores fallen porque son pocos, cuando tus días de vejez te sobrevengan, y el saltamontes sea una carga, si no antes, tu hoja se marchitará. Pero ¡cuántos hay cuyas hojas se marchitan!

Viene una plaga de Dios y el árbol que antes parecía verde se vuelve marrón y muerto, y al final se ennegrece y hay que quitarlo. Así lo hemos visto en nuestras vidas. Hombres que parecían estar bien en este mundo, ricos y felices, y respetados por casi todo el mundo, pero no tenían una base sólida, no tenían una roca en la que apoyarse, ni un Dios en el que confiar.

Los he visto extenderse como un laurel verde, y a menudo los he envidiado como lo hizo el salmista, pero "miré, y he aquí que no estaban," pasé por allí, y he aquí que no quedaba ni siquiera un tocón de ellos, Dios había maldecido su morada, como un sueño cuando uno despierta, su imagen había sido despreciada, como la cera ante el fuego, se habían derretido, como la grasa de los carneros se habían consumido, en humo se consumieron. "No así el impío, no así", dice el texto, y ciertamente la experiencia lo prueba, la hoja del hombre impío debe marchitarse y se marchitará.

Y luego se añade sobre el justo: "Todo lo que hiciere, prosperará". Es cierto que los hombres piadosos tienen muchas tribulaciones, pero no estoy seguro de que tengan más que los impíos. Creo que cuando un hombre se convierte, encontrará que es verdad que "los caminos de la religión son caminos agradables, y todas sus sendas son de paz", y tiene una mejor esperanza de prosperidad, incluso mundana, cuando se convierte en cristiano, que la que tiene el hombre impío.

Los hábitos cristianos son los mejores hábitos empresariales, si los hombres lo creyeran. Un hombre mezcla su religión con sus negocios y permite que cada acto de su vida sea guiado por ella, tiene la mejor oportunidad en este mundo, si se le permite una expresión tan secular, pues "la honestidad es la mejor política" después de todo, y el cristianismo es la mejor honestidad. La aguda y cortante competencia de los tiempos puede llamarse honestidad; sólo

se llama así aquí abajo, no se llama así allá arriba, porque hay una buena cantidad de trampas en ella.

La honestidad en el sentido más elevado, la honestidad cristiana, será después de todo la mejor política en todo, y habrá ordinariamente una prosperidad, incluso mundana, que acompañará a un buen hombre en la paciente y laboriosa búsqueda de su vocación. Pero si no obtiene el éxito que anhela, hay algo que sabe: lo obtendría si fuera lo mejor para él.

A menudo conozco a hombres cristianos que hablan de esta manera: "Bueno, yo hago muy pocos negocios", dice uno, "pero tengo lo suficiente para vivir cómoda y felizmente. Nunca me importó mucho el empuje y la competencia, nunca me sentí apto para ello, y a veces doy gracias a Dios por no haberme lanzado nunca a la corriente agitada, sino por haberme contentado con mantenerme a lo largo de la orilla".

Y he notado una cosa, y de hecho sé que no puede ser refutada, que muchos de esos hombres de mente humilde son los mejores cristianos, viven las vidas más felices, y todo lo que hacen ciertamente prospera, pues obtienen lo que esperaban aunque no esperaban mucho, y obtienen lo que quieren aunque sus necesidades no sean muy grandes. No van por nada muy grande, y por lo tanto no salen desplumados y con las manos vacías, sino que simplemente siguen su camino, buscando constantemente en la providencia sus provisiones, y tienen todo lo que requieren, y todo lo que hacen, prospera.

Pero pueden decir también, que aunque la pobreza misma fuera la mejor prosperidad, pues Dios habría hecho prósperas sus almas, aunque sus haciendas exteriores hubieran disminuido. "No así el impío, no así".

Todo lo que un impío obtiene, sea poco o sea mucho, es pérdida para él. Pone su dinero en una bolsa llena de agujeros. Si lo ahorra, se corrompe. Si lo gasta, le sirve de poco. El hombre que no tiene a Dios no tiene prosperidad. Si está gordo, engorda para el matadero. ¿Está en la adversidad? Las gotas de la tormenta predestinada han empezado a caer sobre él.

Para el hombre impío no hay nada bueno en esta vida. Lo dulce que saborea es la dulzura del veneno. Lo que parece hermoso no es más que pintura en el rostro de la ramera; debajo hay repugnancia y enfermedad. Puede haber un verdor y un verdor sobre el montículo, pero dentro yace el cadáver podrido, la repugnancia de la corrupción.

Todo lo que haga el creyente, prosperará. "No así el impío, no así". Ciertamente esta primera parte de mi texto es bastante mala: que se te cierre la puerta de la bienaventuranza, que se te nieguen las promesas, que te quedes sin la bendición que es dada a los piadosos; este castigo de los perdidos ciertamente es suficiente para hacernos sobresaltar.

II. Ahora muy brevemente sobre el segundo punto. Escuchen un momento **la terrible comparación**. "Los impíos son como el tamo". No son como el árbol silvestre, pues éste tiene vida, y ellos están muertos en el pecado. No se les compara aquí ni siquiera con el árbol muerto arrancado de raíz, pues eso puede ser de alguna utilidad. Flotando en la corriente, la mano de la pobreza puede sacarlo del agua, y encender su fuego y aliviar su frío. Ni siquiera son como el brezo en el desierto, pues tiene algunos usos y tiende a alegrar el árido desperdicio.

Son como nada que tenga vida, nada que tenga valor. Aquí se dice que son como el tamo que el viento se lleva. Ahora verán de inmediato cuán terrible es esta figura, si la miran un momento. Son como el tamo. El tamo envuelve al buen trigo, pero cuando el trigo es cortado y llevado al granero, sólo el maíz es útil, sólo el grano es mirado, y ese tamo que ha crecido al lado del buen trigo vivo se ha vuelto completamente inútil, y debe ser separado y apartado.

Y los impíos son comparados con el tamo; piensen por un momento en dos o tres razones. Primero, porque no tienen savia ni fruto. El tamo no tiene savia de vida en sí mismo. No sirve para nada, no es útil. Los hombres sólo desean deshacerse de él. Toman el abanico en sus manos para limpiar a fondo su suelo. Arrojan el trigo ante el viento con la pala de aventar, para que el soplo del aire se lleve el tamo, y dejan puro el trigo. Lo único que les importa del tamo es que se deshagan de él, que lo echen a perder, porque no tiene savia ni fruto.

Pero también se nota que es ligero e inestable. El viento barre el trigo, el trigo permanece inmóvil, el tamo vuela. Cuando se echa en la pala, el trigo encuentra pronto su sitio y vuelve al lugar del que se levantó, pero el tamo es ligero, no tiene estabilidad. Cada remolino de viento, cada soplo lo mueve y se lo lleva. Así son los impíos. No tienen nada estable, son ligeros, no son más que la espuma sobre el agua, no son más que una burbuja en la rompiente, se ven hoy y se van, aquí y allá, y luego se los llevan para siempre.

Una vez más, los malvados son comparados con el tamo porque es vil y sin valor. ¿Quién lo comprará? ¿A quién le interesa? Al menos en Oriente, no sirve para nada, no se le puede dar ningún uso. Se contentan con quemarla y deshacerse de ella, y cuanto antes se deshagan de ella, más satisfechos estarán.

Lo mismo ocurre con los malvados. No sirven para nada, son inútiles en este mundo, inútiles en el mundo venidero. Son la escoria, los despojos de toda la creación. El hombre impío, por mucho que se valore a sí mismo, es como nada en la estimación de Dios.

Pónganle una cadena de oro alrededor del cuello, pónganle una estrella en el pecho, pónganle una corona en la cabeza, y qué es sino un montón de polvo coronado, inútil, tal vez peor que inútil. Viles a los ojos de Dios, Él los pisotea bajo Sus pies. La vasija del alfarero tiene

alguna utilidad, e incluso el tiesto roto podría ser usado. Algún Job podría raspase con él. Pero, ¿qué se hará con el tamo? No sirve para nada en ninguna parte, y a nadie le interesa.

Ved, pues, vuestro valor, oyentes míos, si no teméis a Dios. Hagan cuentas y mírense a sí mismos bajo la luz correcta. Tal vez pensáis que valéis mucho, pero Dios dice que no valéis nada. Sois "como el tamo que arrebatara el viento". No me detengo más en esta comparación, sino que prefiero detenerme en el tercer punto, que es...

III. La terrible profecía contenida en el versículo: "Son como el tamo que arrebatara el viento".

¡Qué cerca está el tamo del grano! Es, de hecho, su envoltura, crecen juntos. Oyentes míos, deseo hablar ahora de manera muy directa y personal. ¿Cuán estrechamente relacionados están los impíos con los justos? Puede ser que uno de ustedes, ahora presente, un hombre impío, sea el padre de un hijo piadoso. Usted ha sido para ese hijo lo que el tamo es para el trigo; usted ha alimentado al hijo, lo ha abrigado en su seno, lo ha envuelto como el tamo al grano.

¿No es algo terrible para ustedes pensar que debieron haber estado en una relación tan estrecha con un hijo de Dios, pero que en el gran día de la división deben ser separados de él? El tamo no puede ser llevada al cielo con el trigo. Señalo a otro. Tú eres hijo de una madre piadosa, has crecido en sus rodillas. Ella te enseñó cuando no eras más que un niño, a decir tu pequeña oración, y a cantar el pequeño himno,

***"Dulce Jesús, manso y benigno,
mira a un niño pequeño".***

Esa madre te veía como su alegría y su consuelo. Ahora ya no está. Pero tú fuiste para ella lo que el tamo es para el trigo. Crecisteis, por así decirlo, de la misma cepa, erais de la misma familia, y su corazón estaba totalmente envuelto en ti. Eras su alegría y su consuelo aquí abajo. ¿No te causa una punzada de pesar que, moribundo como estás, debas separarte para siempre de ella? Donde ella está, tú nunca podrás llegar.

Tal vez también, tengo aquí a una madre que ha perdido a varios infantes, ella ha sido para esos infantes lo que el tamo es para el trigo: envueltos en su seno por un rato los acarició, y ellos, el buen trigo de Dios, han sido recogidos en el granero, y allí están ahora en el suelo de Jesús. Allí están sus pequeños espíritus regocijándose ante el trono del Altísimo.

La madre que queda no piensa en ello, pero es la madre de los ángeles, y tal vez, ella misma una hija del infierno.

¡Ah, madre! ¿Qué piensas de esto? ¿Es eterna esta separación de tu hijo? ¿Te contentarás con que en el gran día del aventamiento de Dios se encuentre el tamo, y seas alejado de sus hijos? ¿Los veréis en el cielo, a ellos en el cielo, y a vosotros expulsados para siempre? ¿Puedes soportar esa idea? ¿Se ha embrutecido tu corazón? ¿Es tu alma más dura que una piedra de molino? Seguramente, si no lo es, el pensamiento de su presente íntima conexión con el pueblo de Dios, y de su segura separación, los hará temblar.

Y, ¡oh! oyentes míos, aquí están algunos de ustedes sentados a lado con los piadosos. Cantan como ellos cantan, oyen como ellos oyen. Tal vez ayuden a las necesidades externas de la iglesia. Ustedes son para la iglesia lo que el tamo es para el trigo. Ustedes son la cáscara exterior, la congregación que rodea el núcleo vivo interior de la iglesia.

¿Y ha de ser así? ¿Has de separarte de nosotros? ¿Te conformas con pasar de los cantos de los santos a los gritos de los condenados? ¿Irás de la gran convocación de los justos a la última asamblea general de los destruidos y malditos en el infierno? El pensamiento me frena la voz. Debo hablar despacio sobre este asunto durante un tiempo.

Bien, queridos hermanos, bien sé que este pensamiento solía ser espantoso para mí. Mi madre me dijo una vez, después de haber orado largamente por mí, y de haber llegado a la convicción de que yo no tenía remedio: "Ah", dijo ella, "hijo mío, si en el último gran día eres condenado, recuerda que tu madre dirá Amén a tu condenación". Aquello me punzó hasta la médula. ¿La madre que me dio a luz y que me amaba, debía decir "Amén" a mi condena final? Pero así debe ser.

¿Acaso el trigo no dice Amén a que el tamo sea arrebatado por el viento? ¿No es acaso la oración misma del trigo separarse del tamo? y seguramente cuando esa oración es escuchada, y terriblemente contestada, el trigo debe decir Amén a que el tamo sea arrojado al fuego inextinguible.

Pensad, mis queridos oyentes, pensad de nuevo. ¿Debo despedirme de la persona que amo, que sirvió al Señor en espíritu? ¿Debo ver su cuerpo en la tumba, y mientras estoy allí debo darle un último, un final adiós? ¿Debo separarme para siempre de ella, porque no temo a Dios, ni lo considero, y por lo tanto no puedo tener una porción entre los elegidos del Señor?

¿Habéis perdido para siempre a vuestros parientes? ¿Están tus piadosos padres y madres enterrados en una "esperanza segura y cierta" a la que tú eres ajeno? ¿Nunca cantarás la canción de júbilo con ellos en el cielo? ¿No habrá nunca otro saludo? ¿Es la muerte un abismo insalvable para vosotros?

Oh, espero que sea la alegría de algunos de nosotros saber que nos encontraremos con

muchos de nuestros parientes en el cielo, y como hemos perdido uno tras otro, este ha sido nuestro dulce consuelo, se han ido y pronto los seguiremos, no están perdidos sino que se han ido antes, están enterrados en cuanto a su carne, pero sus almas están en el paraíso, y nosotros estaremos allí también, y cuando hayamos visto el rostro de nuestro Salvador y nos hayamos regocijado en esa gloriosa visión, entonces los veremos también, y tendremos una comunión más profunda y pura con ellos de la que jamás hayamos tenido antes en todos los días de nuestra vida. Pues bien, ¡he aquí una triste profecía! Los impíos son "como el tamo que arrebató el viento".

Pero observarán que el carácter terrible de mi texto no aparece en la superficie. Ellos "son como el tamo que el viento arrebató". ¿Adónde, a dónde, a dónde? ¿Adónde se los lleva? El hombre está sano, el sol brilla, el cielo está en calma, el mundo está quieto a su alrededor. De repente se ve una pequeña nube del tamaño de la mano de un hombre. Una pequeña señal le alcanza. El huracán comienza a levantarse, pero primero no es más que un débil soplo. El malvado siente el aire frío que sopla sobre él, pero lo tamiza con el médico, y piensa que seguramente vivirá.

La tormenta ha comenzado. Dios la ha decretado y el hombre no puede detenerla. El aliento se convierte en vendaval, el vendaval en viento, el viento en tormenta, la tormenta en aullante huracán. Su alma es barrida. Ir al cielo sobre las alas de los ángeles es algo glorioso, pero ser barrido de este mundo con los impíos es algo espantoso, ser llevado, no sobre las alas de los querubines, sino sobre las alas de águila del viento, ser llevado, no por esos cantores en sus asientos celestiales, sino ser llevado en medio de una tempestad aullante por sombríos demonios.

Los impíos son como el tamo que se lleva el viento. ¿No captas la idea? No sé cómo expresar la plenitud de su poesía, la gran tormenta que barre al hombre del lugar en que se encuentra. Es expulsado. Y ahora tus pensamientos no pueden ir más allá mientras repito de nuevo la pregunta, ¿a dónde es conducido? ¡Ah! ¿Hacia dónde es conducido? Lo veo expulsado de la sólida orilla de la vida. Es llevado lejos. Pero,

"En vano mi fantasía se esfuerza por ilustrar el momento después de la muerte".

Yo no puedo decirles en qué estado entra esa alma de inmediato, es decir, no puedo decirselos por ninguna conjetura mía; eso sería frívolo, y sería jugar con un asunto solemne; pero puedo decirles una cosa, Jesucristo mismo lo ha dicho: "Quemará el tamo con fuego inextinguible". Tú mueres, pero no mueres. Partirás, pero partirás al fuego que nunca se apagará.

No insistiré en el tema. Vuelvo de nuevo a la pregunta: "¿Quién de nosotros morará con el

fuego devorador? ¿Quién de nosotros morará con las llamas eternas? ¿Quién de nosotros está preparado para hacer su cama en el infierno? ¿Quién se acostará y descansará para siempre en ese lago de fuego? Ustedes deben hacerlo, oyentes míos, si son impíos, a menos que se arrepientan.

¿No hay ninguno de ustedes detrás de mí que haya estado viviendo sin Cristo y sin esperanza en el mundo? ¿No hay ninguno de ustedes? Seguramente los hay. Les ruego que piensen en su destino: la muerte, y después de la muerte, el juicio. El viento, y después del viento el torbellino, y después del torbellino el fuego, y después del fuego nada: para siempre, para siempre, perdidos, desechados, donde el rayo de esperanza nunca puede venir, donde el ojo de la misericordia nunca puede mirarte, y la mano de la gracia nunca puede alcanzarte.

Os lo suplico, oh, os lo suplico por el Dios vivo, ante quien estáis hoy, temblad y arrepentíos. "Honrad al Hijo, no sea que se enoje, y perezcaís del camino, cuando su ira se encienda sólo un poco". "El Tofet está ordenado desde antiguo, sí, para el rey está preparado, Él lo ha hecho profundo y grande, su pila es fuego y mucha madera, el aliento del Señor, como una corriente de azufre, lo enciende". "Volveos, volveos, ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?" "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él perdonará abundantemente".

Oh, ruego a Dios que el Espíritu Santo toque algunos corazones impíos ahora, y los haga pensar. Y recuerden mis queridos oyentes, si hay en su pecho esta mañana un deseo hacia Cristo, aliméntenlo, soplen la pequeña chispa hasta que se convierta en una llama. Si su corazón se derrite un poquito esta mañana, les suplico que no se resistan, que no apaguen la influencia celestial. Ríndanse y recuerden el dulce texto del domingo pasado por la mañana: "El que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida".

Hago retumbar mi voz contra ti, pero es para llevarte a Cristo. Oh, ¡ojalá vinieran a Él! Oh, pobres corazones, ¡ojalá sintieran! Oh, que supieran cómo llorar por ustedes mismos como yo podría llorar por ustedes ahora. Oh, que supieran qué terrible cosa será ser desechados para siempre. ¿Por qué moriréis? ¿Hay algo placentero en la destrucción? ¿Es el pecado tan delicioso para ustedes que arderán en el infierno para siempre por él? ¿Es Cristo un Señor tan duro que no lo amarás? ¿Es Su cruz tan fea que no mirarás hacia ella?

Oh, les suplico por Aquel cuyo corazón es amor, el Redentor crucificado, que ahora habla a través de mí esta mañana, y en mí llora por ustedes, les suplico que miren a Él y sean salvos, porque Él vino al mundo a buscar y a salvar lo que se había perdido, y al que a Él viene, de ninguna manera lo echará fuera, porque "puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios".

Hoy, oh Espíritu, trae a Ti a los pecadores. Os exhorto, pecadores, aferraos a Cristo. Tocad ahora el borde de Su manto. He aquí, Él cuelga ante vosotros en la cruz. Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es levantado Jesús. Mira, te lo suplico, mira y vive. Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. Como si Dios os suplicara por mí, os ruego que en lugar de Cristo os reconciliéis con Dios. Y que el Espíritu haga eficaz mi súplica. Que los ángeles se regocijen hoy por los pecadores salvados y llevados a conocer al Señor.

EstudiaLaPalabra.org